usted sin saber por qué... ¡Bueno va! ¡Si se lo dijera a Agustina, no tendría poco que reirse! Cuando uno ha de casarse, no piensa gran cosa en tonterías.

Cuando se mostraba charlatán, era para ir a parar siempre a la salchichería que abriría en Plaisance, con Agustina. Parecía tan completamente seguro de poder arreglar su vida a su gusto, que Florencio acabó por sentir hacia él una especie de respeto mezclado de irritación. En suma, que aquel muchacho era muy fuerte, a pesar de lo tonto que parecía; iba derecho a un objeto, y lo alcanzaría sin sacudidas, con beatitud perfecta. Aquellas noches, Florencio no podía ponerse de nuevo a trabajar; acostábase descontento, y no hallaba su equilibrio hasta que terminaba pensando: "¡Pero ese Augusto es un irracional!"

Cada mes iba Florencio a Clamart a ver al señor Verlaque. Esto era casi una alegría para él. El pobre hombre iba tirando, con gran asombro de Gavard, que no le había dado más de seis meses de vida. A cada visita de Florencio, el enfermo le decía que se sentía mejor, y que tenía grandísimos deseos de volver a encargarse de su trabajo. Pero pasaban días y sobrevenían nuevas recaídas. Florencio se sentaba al lado del lecho, hablando de la pescadería y procurando llevar un poco de alegría a la conversación. Ponía sobre la mesa de noche los cincuenta francos que cedía al inspector propietario; y éste, a pesar de ser cosa conocida, se incomodaba cada vez, diciendo qqe no quería el dinero. Después se hablaba de otra cosa, y el dinero se quedaba sobre la mesa. Cuando Florencio se marchaba, madame Verlaque le acompañaba hasta la puerta de la calle. Era pequeña, fofa, muy lloricona.

No hablaba más que de los gastos ocasionados por la enfermedad de su marido, del caldo de pollo, de las carnes medio crudas, del burdeos y del farmacéutico y el médico. Esta doliente conversación embarazaba mucho a Florencio. Las primeras veces no comprendió. Por fin, como la pobre señora lloraba sin cesar, diciendo que en otro tiempo eran felices con los mil ochocientos francos de la plaza de inspector, le ofreció Florencio tímidamente entregarle algo sin que lo supiese su marido. La señora se defendió, y sin transición, por sí misma, aseguró que cincuenta francos le bastarían. Pero, durante el mes, escribía con gran frecuencia a aquel a quien llamaba su salvador; tenía una letrita inglesa fina y sabía hallar frases fáciles y humildes, con las cuales llenaba tres páginas justas, para pedirle diez francos; de modo que los ciento cincuenta francos del empleado pasaban por entero al matrimonio Verlaque. El marido lo ignoraba sin duda, y la mujer le besaba las manos. Aquella buena acción era el gran goce de Florencio; ocultábala como un placer prohibido que se proporcionaba egoístamente.

—Ese demonio de Verlaque se burla de usted —decía a veces Gavard.—Ahora que le pasa usted una renta, holgazanea.

Un día, acabó por responder:

—Está decidido; no le entrego ya más que veinticinco francos.

Por otra parte, Florencio no tenía necesidad ninguna. Los Quénu seguían proporcionándole mesa y cama. Los pocos francos que le quedaban, bastaban para pagar su consumación, por las noches, en casa del señor Lebigre. Poco a poco, su vida se había ido reglamentando como un reloj; trabajaba en su cuarto; continuaba

dando sus lecciones a Muche, dos veces por semana, de ocho a nueve; concedía una velada a la bella Lisa, para no enojarla, y pasaba el tiempo restante en el gabinete acristalado, en compañía de Gavard y de sus amigos.

A casa de los Méhudin llegaba con su dulzura un tanto rígida de profesor. La vieja morada le agradaba. Abajo, pasaba por entre los olores sosos del comerciante de hierbas cocidas; fuentes de espinacas, platos de acederas, se enfriaban en el fondo de un pequeño patio; después, subía la escalera de caracol, rezumante de humedad, cuyos peldaños, chatos y desgastados, formaban declive de modo inquietante. Las Méhudin ocupaban todo el segundo piso. La madre no había querido nunca mudarse, cuando había llegado la holgura, a pesar de las súplicas de las dos hijas, que deseaban vivir en una casa nueva, en una calle ancha. La vieja se obstinaba diciendo que allí había vivido y que allí moriría. Por otra parte, se contentaba con que le dejasen un gabinete obscuro, reservando las habitaciones mejores a Clara y a la Normanda. Esta, valiéndose de su autoridad de hermana mayor, se había apoderado de la habitación que daba a la calle; era la gran alcoba, la hermosa alcoba. Clara quedó tan vejada por ello, que rechazó la pieza vecina, cuya ventana tenía vistas al patio; quiso dormir en el otro lado del rellano, en una especie de zaquizamí, al que ni siquiera hizo dar una mano de cal. Tenía su llave y era libre; a la menor contrariedad, se encerraba en su cuarto.

Cuando Florencio se presentaba, las Méhudin terminaban de cenar. Muche se le arrojaba al cuello. Florencio permanecía un instante sentado, con el niño parloteando sobre sus rodillas. Después, cuando limpiaban el hule de la mesa,

la lección comenzaba en una de sus esquinas. La bella Normanda dispensaba buena acogida al profesor. Hacía calceta o repasaba la ropa blanca, acercando su silla y trabajando a la luz de la misma lámpara. Con frecuencia dejaba la aguja para atender a la lección, que la sorprendía. Muy pronto sintió gran estimación hacia aquel muchacho tan sabio, que parecía dulce como una mujer al hablar al pequeño, y que tenía una paciencia angelical al repetir siempre los mismos consejos. Ya no le parecía feo. Hasta tal punto, que llegó a sentirse como celosa de la bella Lisa. Acercaba más su silla, y miraba a Florencio con sonrisa embarazosa.

—¡Mamá, mamá! — decía Muche colérico. — ¡Me empujas el codo, no me dejas escribir! Mira, ya he hecho un borrón. ¡Retírate!

Poco a poco, llegó la Normanda a decir mucho mal de la bella Lisa. Pretendía que la salchichera ocultaba su edad, que se apretaba el corsé hasta ahogarse; si Lisa, desde por la mañana, bajaba a la tienda aderezada, pulida, sin que un solo cabello sobresaliera más que los otros, era porque debía de estar espantosa antes de arreglarse. Entonces levantaba un poco los brazos, para mostrar que ella, dentro de casa, no llevaba corsé; y conservaba su sonrisa, al poner de manifiesto su soberbio torso, que se veía palpitar y vivir bajo su delgada chambra mal prendida. Muche, interesado, miraba a su madre levantar los brazos. Florencio escuchaba, y llegaba hasta reirse, con la idea de que las mujeres eran muy particulares. La rivalidad de la bella Normanda y de la bella Lisa le divertía.

Entretanto, Muche terminaba su página de escritura. Florencio, que tenía una hermosa letra, preparaba modelos, tiras de papel en las que es-

cribía, en grueso y medio grueso, palabras muy largas, que ocupaban toda la línea. Era aficionado a las palabras "tiránicamente, liberticida, anticonstitucional, revolucionario"; o bien hacía copiar al niño frases como éstas: "El día de la justicia llegará... Los padecimientos del justo son la condenación del perverso... Cuando suene la hora, caerán los culpables". Obedecía con la mayor ingenuidad, al escribir los modelos de escritura, a las ideas que le atenazaban el cerebro, olvidaba a Muche, a la bella Normanda, todo lo que le rodeaba. Muche habría copiado el "Contrato Social". El arrapiezo, alineaba, en páginas enteras, muchos "tiránicamente", y "anticonstitucional", dibujando cada letra.

Hasta que se iba el profesor, la tía Méhudin daba vueltas alrededor de la mesa, refunfuñando. Continuaba alimentando hacia Florencio un rencor terrible. Según ella, no tenía sentido común aquello de hacer trabajar así al pequeño, por la noche, a la hora en que los niños deben estar durmiendo. Con seguridad hubiera puesto al "larguirucho" en la calle, si la bella Normanda, después de una explicación en extremo tempestuosa, no le hubiera dicho rotundamente que se iría a vivir a otra parte si no fuese dueña de recibir en su casa a quien bien le pareciera. Por otra parte, la disputa volvía a entablarse cada noche.

—Por más que digas—repetía la vieja,—tiene ojos de traidor... Además, yo no me fío de los flacos. Un hombre flaco es capaz de todo... No he encontrado nunca uno bueno... A ese se le ha pasado la barriga a las ancas, porque está más liso que una tabla... Yo, que tengo sesenta y cinco años cumplidos, no le querría ni en la mesa de noche.

Decía esto porque bien veía por dónde iban las aguas. Y hablaba con admiración del señor Lebigre, quien, efectivamente, se mostraba muy galante con la bella Normanda; además de que olfateaba allí un dote crecido, pensaba que la joven estaría soberbia detrás del mostrador. La vieja no acababa nunca; por lo menos aquél no estaba escuchimizado; debía de ser fuerte como un turco; la tía Méhudin llegaba hasta a entusiasmarse con sus pantorrillas, que eran gordísimas. Pero la Normanda se encogía de hombros, respondiendo con acrimonia:

—¡Valiente cuidado me dan a mí sus pantorrillas! Yo no necesito las pantorrillas de nadie. Hago lo que me da la gana.

Y si la madre quería proseguir y hablaba con demasiada claridad:

—¿Bueno, y qué?—gritaba la hija.—Eso no le importa a usted... Además, no es verdad. Y luego, aunque lo fuera, yo no le pediría a usted permiso. No me fastidie usted más.

Y entraba en su cuarto dando un gran portazo. Había adquirido en la casa un dominio del cual abusaba. Por la noche, la vieja, cuano creía sorprender algún ruido, se levantaba descalza, para ir a pegar el oído a la puerta de su hija y ver si Florencio había ido a verla. Pero el inspector tenía en casa de los Méhudin una enemiga más feroz todavía. En cuanto llegaba, levantábase Clara sin decir una palabra, cogía una palmatoria, y se metía en su cuarto, al otro lado del rellano. Se la oía dar dos vueltas a la llave con rabia fría. Una noche en que su hermana invitó al profesor a cenar, Clara se hizo ella misma sus guisos y comió en su cuarto. A menudo se encerraba de tal modo, que no la veían en toda la semana. Continuaba siempre con su in-

dolencia, con sus caprichos de hierro, con sus miradas de animal receloso, bajo sus lanas de pálido color leonado. La tía Méhudin, que creyó poder desahogarse con ella, la puso furiosa al hablarle de Florencio. Entonces la vieja, exasperada, comenzó a berrear que se iría si no temiera dejar a sus dos hijas que se devorasen mutuamente.

Al retirarse Florencio una noche, pasó por delante de la puerta de Clara, que había quedado abierta de par en par. Vió a la joven muy colorada, contemplándole. Aquella actitud hostil le apenaba mucho; su timidez con las mujeres era lo único que le impedían provocar una explicación. Aquella noche hubiera entrado con toda seguridad en el cuarto de Clara, si no hubiera visto, en el piso superior, el rostro pequeño y blanco de mademoiselle Saget, que estaba apoyada en la baranda. Pasó de largo, y no había bajado diez escalones, cuando la puerta de Clara se cerró violentamente tras él, e hizo retemblar toda la escalera. En aquella ocasión fué cuando mademoiselle Saget se convenció de que el primo de madame Quénu se acostaba con las dos Méhudin.

Florencio no pensaba gran cosa en aquellas hermosas jóvenes. De ordinario, trataba a las mujeres como hombre que no tiene partido con ellas. Además, gastaba demasiada virilidad en sus ensueños. Llegó a sentir una amistad verdadera por la Normanda; ésta tenía buen corazón cuando no se le metían majaderías en la cabeza. Pero nunca se atrevió a pasar a mayores. Por las noches, a la luz de la lámpara, cuando ella acercaba su silla, como para inclinarse sobre las páginas de escritura de Muche, llegaba Florencio a sentir su cuerpo poderoso y tibio al lado

del suyo, con cierto malestar. La joven le parecía colosal, pesadísima, casi inquietante por su gigantesco seno; Florencio estiraba sus puntiagudos codos, sus secos hombros, acometido por el vago temor de hundirse en aquella carne. Sus huesos de hombre flaco experimentaban cierta angustia al contacto de los pechos gordos. Bajaba la cabeza, adelgazábase más aún, incómodo por el fuerte hálito que emanaba de ella. Cuando su chambra se entreabría, creía Florencio ver salir, entre dos blancuras, una humareda de vida, un perfume de salud que le pasaba sobre el rostro, cálido aún, como impregnado de un punto de la hediondez de los Mercados en las ardientes tardes de julio. Era un perfume persistente, adherido al cutis de finura de seda; una secreción de pescado fresco que manaba de los soberbios pechos, de los regios brazos, del talle sutil, poniendo un rudo aroma en su olor de hembra. La Normanda había probado todos los aceites aromáticos; se lavaba con muchísima agua; pero en cuanto desaparecía la frescura del baño, la sangre volvía a llevar a todos los miembros el olor soso de los salmones, la almizclada violeta de los eperanos, el aroma acre de las sardinas y de las rayas. Entonces, el movimiento de sus faldas exhalaba una especie de vapor de lejía; andaba en medio de una evaporación de algas porosas; y, con su gran cuerpo de diosa, con su pureza y su palidez admirables, era como un hermoso mármol antiguo arrastrado por el mar y llevado a la costa en la redada de un pescador de sardinas. Florencio sufría; no la deseaba en modo alguno, pues tenía los sentidos sublevados por las tardes de la pescadería; parecíale irritante, demasiado salada, demasiado

amarga, de belleza excesivamente amplia y de relente fuerte en demasía.

Mademoiselle Saget, por su parte, juraba y perjuraba que Florencio era el amante de la Normanda. Habíase peleado con ésta por una platija de diez sueldos. Después de aquella riña, la vieja demostraba gran amistad a la bella Lisa. De este modo esperaba llegar a conocer más pronto lo que ella llamaba "el tapujo de los Quénu". Florencio continuaba siendo un misterio, y la solterona estaba hecha un cuerpo sin alma, como ella misma decía, sin confesar la causa de sus dolencias. Una muchacha que corriera tras los calzones de un mancebo no habría estado más desolada que aquella vieja terrible, al ver que el secreto del primo se le escapaba de entre los dedos. Acechaba a Florencio, le seguía, lo desnudaba, lo miraba por todas partes, con la furiosa rabia de ver que su curiosidad en esto no alcanzaba a poseerle. Desde que el inspector iba a casa de los Méhudin, mademoiselle Saget no se separaba de la baranda de la escalera. Después comprendió que la bella Lisa estaba muy enfadada por ver a Florencio frecuentando "a aquellas mujeres". Todas las mañanas, desde entonces, le dió noticias de la calle Pirouette. Entraba en la salchichería, los días de frío intenso, encogida, achicada por las heladas; ponía las amoratadas manos en el calentador de metal de mostrador, para desentumecerse los dedos, y permanecía en pie, sin comprar nada, y repitiendo con su aflautada voz:

—Ayer estuvo otra vez en casa de ellas; ya no sale de allí... La Normanda le llamó "querido" en la escalera.

Mentía un poco por estar allí y calentarse las manos más tiempo. Al día siguiente a la noche

en que creyó ver salir a Florencio del cuarto de Clara, acudió a la tienda de Lisa e hizo durar el cuento media hora larga. Era una vergüenza; ahora ya iba el primo de una cama a la otra.

—Yo le he visto—dijo.—Cuando tiene ya bastante con la Normanda, va de puntillas en busca de la rubita. Ayer se separaba de la rubia, y sin duda iba a volver al lado de la morena, cuando me vió, lo cual le hizo dar media vuelta. Toda la noche estoy oyendo las dos puertas, sin acabar nunca... ¡Y esa vieja Méhudin que duerme en un gabinete entre las alcobas de sus dos hijas!

Lisa hacía un mohín de desprecio. Hablaba poco, y no alentaba los chismorreos de mademoiselle Saget más que con su silencio. Escuchaba con la mayor atención. Cuando los detalles eran demasiado escabrosos:

—No, no — decía entre dientes. — No es posible... No es posible que haya mujeres así...

Entonces mademoiselle Saget le respondía que, ¡qué diantre! no todas las mujeres eran honradas como ella. En seguida se mostraba muy tolerante con el primo. El hombre corre siempre en pos de las faldas que pasan; además, tal vez no era casado. Hacía preguntas sin que lo pareciese. Pero Lisa no juzgaba nunca a su primo, y se limitaba a encogerse de hombros, frunciendo los labios. Cuando la solterona se marchaba, miraba Lisa, con mueca de disgusto, la tapadera del calentador, en donde la vieja había dejado, sobre el reluciente metal, la mancha mate de sus dos manecillas.

—Agustina—gritaba.—Traiga usted un trapo para limpiar el calentador. Es asqueroso.

Entonces, la rivalidad de la bella Lisa y de la bella Normanda se hizo formidable. La bella Normanda estaba persuadida de haber quitado

un amante a su enemiga, y la bella Lisa se sentía furiosa contra aquella mujerzuela, que acabaría por comprometerles al atraer a su casa a aquel solapado de Florencio. En la hostilidad se dejaba ver el temperamento de ambas; la una tranquila, despreciativa, con mohines de mujer que se recoge las faldas para no mancharse de barro; la otra, más descarada, estallando en una alegría insolente, llenando toda la anchura de la acera, con las fanfarronadas de un duelista que busca un lance. Cada uno de sus encuentros ocupaba a la pescadería durante un día entero. La bella Normanda, cuando veía a la bella Lisa en el dintel de la salchichería, daba un rodeo para pasar por delante de ella y rozarla con su delantal; entonces sus miradas negras se cruzaban como espadas, con el centelleo y la punta rápida del acero. Por su parte, la bella Lisa, cuando iba a la pescadería, fingía una mueca de disgusto al acercarse al puesto de la bella Normanda; tomaba alguna pieza grande, un rodaballo o un salmón, a una pescadera vecina, y extendía su dinero sobre el mármol, porque había observado que aquello hería a la "cualquier cosa", que cesaba de reirse. Por otra parte, las dos rivales, a oirlas a ellas, no vendían más que pescado podrido y embutidos averiados. Pero, sobre todo, su punto de combate era el puesto para la bella Normanda y el mostrador para la bella Lisa, lanzándose miradas como rayos al través de la calle de Rabuteau. Entonces estaban como en sendos tronos, con sus grandes delantales blancos y sus trajes y joyas. Desde por la mañana comenzaba la batalla.

—¡Toma! ¡Ya se ha levantado la vaca gorda! —gritaba la bella Normanda.—Se pone cordeles lo mismo que a los salchichones, esa mujer...

¡Ah, bueno! Se ha vuelto a poner el cuello del sábado, y aún lleva su traje de "popeline".

Al mismo tiempo, en el otro lado de la calle, la bella Lisa, decía a la criada de su tienda:

—Mire usted, Agustina, a esa criatura que nos está contemplando desde allí. Está toda deformada por la vida que lleva... ¿Le distingue usted los aretes? Creo que lleva los grandes, ¿verdad? Da lástima el ver con brillantes a hembras como esa.

—¡Para lo que le cuestan! — respondía complacientemente Agustina.

Cuando una de ellas llevaba una joya nueva, era una victoria; la otra se consumía de despecho. Toda la mañana se envidiaban sus parroquianas, y se mostraban muy hurañas, si se figuraban que la venta iba mejor para "la gran pécora" de enfrente. Después venía el espionaje del almuerzo; ambas sabían lo que comían y se espiaban hasta la digestión. Por las tardes, sentada la una entre sus carnes cocidas y la otra entre sus pescados, se las echaban de hermosas y se torturaban hasta lo infinito. Era la hora que decidía el éxito de la jornada. La bella Normanda bordaba, escogiendo trabajos de aguja muy delicados, lo cual exasperaba a la bella Lisa.

—Mejor haría — decía ésta, — en zurcirle las medias a su chiquillo, que va descalzo. !Miren ustedes la señorita, con las manos rojas apestando a pescado!

Ordinariamente, Lisa hacía calceta.

—Siempre está con el mismo calcetín—observaba la otra.—Se queda dormida sobre el trabajo; come demasiado... Si su cornudo lo espera para tener los pies calientes...

Hasta la noche continuaban implacables, comentando cada visita, con la mirada tan rápida,

que veían los más pequeños detalles de sus personas, cuando otras mujeres, a la misma distancia, declaraban no ver nada absolutamente. Mademoiselle Saget, se quedó admirada de la buena vista de madame Quénu, un día en que ésta distinguió un arañazo en la mejilla izquierda de la pescadera.

—Con unos ojos así—decía la solterona,—se podría ver al través de las puertas.

Caía la noche, y con frecuencia la victoria permanecía indecisa; a veces una de ellas quedaba vencida, pero al día siguiente tomaba el desquite. En el barrio se hacían apuestas por la bella Lisa o por la bella Normanda.

Llegaron a prohibir a sus hijos que se hablaran. Antes, Paulina y Muche eran buenos amigos; Paulina, con sus tiesas faldas de señorita decente; Muche desarrapado, blasfemando, pegando, haciendo el carretero a las mil maravillas. Cuando jugaban juntos en la ancha acera, delante del pabellón del pescado, Paulina hacía de carrito. Pero un día en que Muche fué por ella, con toda ingenuidad, la bella Lisa lo plantó en la calle, tratándole de galopín.

—¿Acaso sabe una a qué atenerse — dijo, — con esos niños tan mal educados?... Ese tiene tan malos ejemplos en su casa, que no puedo estar tranquila cuando está con mi hija.

El niño tenía siete años. Mademoiselle Saget, que se hallaba presente, añadió:

—Tiene usted mucha razón. El arrapiezo está siempre metido con las chíquillas del barrio... Lo encontraron un día en un sótano con la hija del carbonero.

La bella Normanda, cuando Muche fué llorando a contarle lo sucedido, montó en terrible cólera. Quería ir a destrozarlo todo a casa de los

Quénu-Gradelle. Después se contentó con pegarla con Muche.

—Si vuelves otra vez allí—gritó furiosa,—te ajustaré las cuentas.

Pero la verdadera víctima de las dos mujeres era Florencio. En el fondo, sólo él las había puesto en aquel pie de guerra, y ambas no se batían sino por él. Desde su llegada, todo iba de mal en peor; Florencio comprometía, enojaba, perturbaba a aquella gente que hasta entonces habían vivido en tan grasienta paz. La bella Normanda le hubiera arañado de buena gana, cuando le veía distraerse mucho tiempo en casa de los Quénu. El ardor de la lucha era lo que, en mucha parte, le hacía desear a aquel hombre. La bella Lisa conservaba una conducta de juez en presencia de la mala conducta de su cuñado, cuyas relaciones con las Méhudin eran el escándalo de todo el barrio. La salchichera se sentía horrorosamente vejada; esforzábase por no demostrar sus celos, unos celos muy singulares, que, a pesar de su desdén hacia Florencio y de su frialdad de mujer honrada, la exasperaban cada vez que aquél dejaba la tienda para ir a la calle Piroutte, y cada vez que se imaginaba los placeres prohibidos que debía de gozar allí.

Por la noche, la comida en casa de los Quénu iba siendo menos cordial. La limpieza del comedor adquiría un carácter agudo y acusador. Florencio veía un reproche, una especie de condenación, en la encina clara, en la lámpara limpia con exceso, en la alfombra demasiado nueva. Casi no se atrevía a comer, por miedo de dejar caer migas de pan o de manchar su sitio. Y no obstante, tenía una sencillez hermosísima que le impedía ver. Por todas partes elogiaba la dulzura de Lisa. Esta continuaba muy dulce, en

efecto, y le decía, con una sonrisa, como bromeando:

—¡Es singular!... Ahora no come usted mal, y sin embargo, no se pone usted gordo... No le hace a usted provecho...

Quénu se reía más fuerte, golpeaba el vientre de su hermano, diciendo que toda la tienda pasaría por allí sin dejar siquiera una capa de grasa del espesor de una moneda de diez céntimos. Pero la insistencia de Lisa tenía aquel odio, aquella desconfianza de los hombres flacos que la tía Méhudin manifestaba más brutalmente; contenía también una alusión indirecta a la vida de desenfreno que llevaba Florencio. Por otra parte, Lisa no hablaba nunca delante de él, de la bella Normanda. Quénu había soltado una broma, cierta noche, y su esposa se había quedado tan glacial, que el buen marido no volvió a las andadas. Después de los postres, permanecían de sobremesa un instante. Florencio, que había observado el humor de su cuñada cuando se marchaba demasiado pronto, buscaba un poco de conversación. Lisa estaba muy cerca de él, y no le parecía tibia y viviente, como la pescadera; no tenía tampoco el mismo olor de pescado, salpimentado y de fuerte gusto; olía a grasa, a la sosería de las carnes. Ni un solo estremecimiento provocaba un pliegue en su ajustado cuerpo. El contacto demasiado firme de la bella Lisa inquietaba sus huesos de flaco más que la blanda vecindad de la bella Normanda. Gavard le dijo una vez, en gran secreto, que madame Quénu era ciertamente una hermosa mujer, pero que a él le agradaban "menos blindadas que todo aquello".

Lisa procuraba no hablar a Quénu de Florencio. Generalmente, hacía gran ostentación de paciencia. Además, creía honrado no meterse entre los dos hermanos sin tener motivos muy serios para ello. Como ella decía, era muy buena, pero no había que ponerla entre la espada y la pared. Estaba en el período de tolerancia, con el rostro mudo, la cortesía estricta, la indiferencia afectada, evitando todavía con gran cuidado todo lo que hubiera podido hacer comprender al empleado que comía y dormía en casa de ellos, sin que su dinero se viese por ninguna parte; no es que ella hubiera aceptado un pago en cualquier forma, estaba muy lejos de ello; sólo que Florencio bien hubiera podido, por lo menos, almorzar fuera. Un día hizo observar a Quénu:

—Ya no estamos solos. Cuando queremos hablarnos, ahora, es necesario esperar a acostarnos por la noche.

Y una noche le dijo, con la cabeza en la almohada:

—Gana ciento cincuenta francos, ¿verdad?... Es muy singular que no pueda guardar algo para comprarse ropa blanca... Otra vez me he visto obligada a darle tres camisas viejas de las tuyas.

—¡Bah! Eso no importa—respondió Quénu. —Mi hermano no es dificultoso... Hay que dejarle su dinero.

—¡Oh! Claro que sí—murmuró Lisa sin insistir más.—No lo digo por eso... Que lo gaste bien o lo gaste mal, nada nos importa.

Lisa estaba persuadida de que Florencio se comía su sueldo en casa de los Méhudin. Una sola vez salió de su actitud calmosa, de aquella reserva de temperamento y de cálculo. La bella Normanda había regalado a Florencio un salmón soberbio. El inspector, muy embarazado con el

salmón, y no habiéndose atrevido a rechazarlo, se lo llevó a la bella Lisa.

—Haga usted un pastel—le dijo ingénuamente.

Lisa le miraba fijamente, con los labios blancos; después, con voz que procuraba refrenar:

—¿Se figura usted que necesitamos cosas de comer? No, a Dios gracias... Bastante tenemos aquí. ¡Lléveselo usted!

—Pues por lo menos, haga usted que lo guisen—repuso Florencio, asombrado de su cólera. —Yo me lo comeré.

Entonces Lisa estalló.

—¡Esta casa no es una fonda! Diga usted a las personas que se lo han dado que lo guisen si quieren... Yo no quiero apestar mis cacerolas... Lléveselo usted, ¿lo oye?

Lo hubiera cogido y tirado a la calle. Florencio lo llevó a casa del señor Lebigre, en donde Rosa recibió orden de hacer un pastel. Y, una noche, en el gabinete acristalado, se lo comieron. Gavard pagó unas ostras.

Florencio, poco a poco, iba con más frecuencia y no abandonaba el gabinete. Hallaba en él un ambiente caldeado en donde se podían explayar sus ardores políticos. A veces, ya, cuando se encerraba en su guardilla para trabajar, la dulzura de la estancia le enojaba, la investigación teórica de la libertad no le bastaba y era menester que bajase, que fuese a satisfacerse con los cortantes axiomas de Charvet y con las cóleras de Logre. Las primeras noches aquel ruido, aquel flujo de palabras le había molestado; sentía aun el vacío de ellas, pero le asaltaba la necesidad de aturdirse, de darse latigazos, de ser impulsado a una resolución extrema que calmase las dudas de su espíritu. El olor del gabinete,

aquel aroma de licores, cálido por el humo del tabaco, le embriagaba, le producía una beatitud muy singular, un abandono de sí mismo cuyo arrullo le hacía aceptar sin dificultad cosas muy gordas. Llegó a amar los rostros que allí había, a entretenerse con ellos con el placer de la costumbre. El semblante dulce y barbudo de Robine, el perfil serio de Clemencia, la lívida delgadez de Charvet, la joroba de Logre, y Gavard y Alejandro y Lacaille, formaban ya parte de su vida, adquiriendo en ella un puesto cada vez más grande. Era para él como un goce sensual por completo. Cuando ponía la mano en el pomo de cobre del gabinete, le parecía sentir que el pomo vivía, le calentaba los dedos, giraba por sí solo; no hubiera experimentado sensación más viva al coger la delicada mano de una mujer.

Verdaderamente, ocurrían cosas muy graves en el gabinete. Una noche, Logre, después de haber tronado con más violencia que de costumbre, dió varios puñetazos en la mesa, declarando que si los hombres fueran hombres, derribarían al gobierno. Y añadió que era preciso ponerse de acuerdo en seguida, si querían estar apercibidos para cuando llegara el desastre. Después, acercando más las cabezas y hablando en voz más baja, se convino en formar un grupo pequeñísimo pronto a todas las eventualidades. Gavard, a partir de aquel día, quedó persuadido de que formaba parte de una sociedad secreta y de que conspiraba. El círculo no se extendió, pero Logre prometió ponerlo en contacto con otras reuniones que conocía. En un momento dado, cuando tuvieran a todo París en la mano, harían bailar a las Tullerías. Entonces comenzaron discusiones sin fin que duraron varios meses; cuestiones de órdenes y de medios, cuestio-

nes de estrategia y de gobierno futuro. En cuanto Rosa había servido el "grog" de Clemencia, los "chops" de Charvet y de Robine, los "mazagrans" de Logre, de Gavard y de Florencio, y las copitas de Alejandro y de Lacaille, el gabinete era cuidadosamente cerrado como una barricada, y la sesión quedaba abierta.

Charvet y Florencio eran, por razón natural, las voces más escuchadas. Gavard no había sabido refrenar la lengua, y había contado poco a poco toda la historia de Cayena, lo cual valió a Florencio una aureola de mártir. Sus palabras eran como artículos de fe. Una noche, el comerciante de aves, enojado al oir atacar a su amigo, que estaba ausente, exclamó:

—¡No toquen ustedes a Florencio, que ha estado en Cayena!

Pero Chaver se consideraba picado por aquella ventaja.

—¡Cayena, Cayena!—murmuraba entre dientes.—No se estaba tan mal, al fin y al cabo.

E intentó demostrar que el destierro no es nada, y que el gran padecimiento consiste en vivir en la patria oprimida, con la boca amordazada ante el despotismo triunfante. Por otra parte, si no le habían detenido el 2 de diciembre, no era culpa suya. Hasta daba a entender que los que se dejan prender son unos imbéciles. Estos celos sordos hicieron de Charvet el adversario sistemático de Florencio. Las discusiones acababan siempre por circunscribirse a ellos dos solos. Y hablaban aún por espacio de dos horas, en medio del silencio de los demás, sin que ninguno de ellos se confesase nunca vencido.

Uno de los temas más acariciados era el de la reorganización del país, al día siguiente de la victoria.

—Hemos vencido, ¿no es eso?—comenzaba a decir Gavard.

Y una vez establecido el triunfo, cada cual daba su parecer. Había dos campos. Charvet, que profesaba el hebertismo, tenía a su lado a Logre y a Robine. Florencio, siempre perdido en su ensueño humanitario, se titulaba socialista y se apoyaba en Alejandro y en Lacaille. En cuanto a Gavard, no le repugnaban las ideas violentas, pero como algunas veces le reprochaban su fortuna, con agridulces bromas que le emocionaban, era comunista.

—Será preciso hacer tabla rasa—decía Charvet con su voz breve, como si diese un hachazo. —El tronco está podrido y hay que derribarlo.

—¡Sí, sí!—proseguía Logre, poniéndose en pie para ser más alto y estremeciendo el tabique con los golpes de su joroba.—Todo se vendrá al suelo, yo os lo digo... Después, ya veremos.

Robine aprobaba con la barba. Su silencio se regocijaba cuando las proposiciones eran por completo revolucionarias. Sus ojos adquirían gran dulzura al oir la palabra guillotina; cerrábalos a medias, como si viera el objeto y le enterneciese; y entonces se rascaba lentamente la barba con el puño del junco, con apagado ronquido de satisfacción.

—Sin embargo—decía a su vez Florencio, cuya voz conservaba un lejano sonido de tristeza. —Sin embargo, si derribáis el árbol, será necesario guardar semillas... Yo creo, por el contrario, que es preciso conservar el árbol para injertar en él la vida nueva... La revolución política está hecha; hay que pensar en el trabajador, en el obrero; nuestro movimiento habrá de ser completamente social. Y yo les desafío a ustedes a